

# LA SEMANA CINEMATOGRAFICA

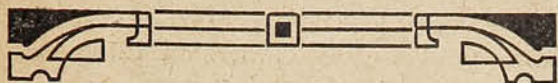


Año III :: Núm. 118  
5 de Agosto de 1920

TAYLOR HOLMES

Precio: 60 centavos





## A ponerse bonita

*Para Fleurange*

¿Piensa usted casarse, mi amiga Fleurange y desea saber qué es lo que más atrae a los hombres?

Pues, se lo diré desde luego, mi estimada amiga: son la hermosura y el gato encerrado. Digo mal: primero es el gato encerrado y después la hermosura.

Quizá usted no se da cuenta del todo de los diversos aspectos que ofrece este delicado problema del matrimonio en sus relaciones con los gustos de los hombres; pero yo, que no hago otra cosa en todo el día que buscar el modo de corresponder, siquiera medianamente, a las bondades y atenciones de mis amigas de LA SEMANA CINEMATOGRAFICA, me he preocupado de estudiar la cuestión en todas sus facetas y he aquí que me es grato ofrecerle el resultado de mis investigaciones.

Dos semanas enteras he dedicado, cara amiga, a consultar a los jóvenes, a los hombres maduros y a los viejos, acerca de tan importante tópico, y he llegado a la conclusión de que las opiniones, en esta materia, son mucho más uniformes de lo que puede parecer a primera vista.

La inmensa mayoría de los hombres, desean, para casarse, una mujer hermosa. Si usted ve que algunos se casan con viejas o con feas, puede estar segura, amiga Fleurange, de que ahí hay gato encerrado. El gato suele ser a veces de varios cientos de miles de pesos. Y sin gato, no se harían tales casamientos.

El gato y la hermosura; la hermosura y el gato: ahí está todo. Baraje usted estos dos ingredientes, y tendrá la solución de todos los matrimonios. En unos hay más gato que hermosura; en otros, más hermosura que gato; en otros, hermosura sola; en otros,

gato sólo. El colmo de la dicha, es cuando se juntan mucha hermosura y mucho gato.

¡Ay! ya veo levantarse de su asiento a todas o a casi todas mis lectoras.

—¡Pícaros hombres! ¡Hombres sin conciencia! ¡Hombres sin delicadeza! ¡Hombres sin sentido común!

Estos y otros gruesos calificativos sirven de desahogo a las rubias y morenas cabecitas que me escuchan.

Pero, vamos por partes. Condenemos redondamente, y sin apelación, a los partidarios del gato encerrado. Ni siquiera les concedamos una atenuante en la cacareada cuestión de la carestía de la vida. Pero a los otros, a los partidarios de la hermosura, a los que colocan la hermosura de la mujer por sobre todas sus demás cualidades, reconozcámosles que...

¡Dios santo! ¡qué gritería!

Paciencia, queridas lectoras. Sé de sobra lo que vais a decirme. «¿Que un hombre inteligente debe fijarse ante todo en las cualidades morales e intelectuales de su futura?» «¿Que las caritas de nada sirven en la vida práctica?» «¿Que una mujer talentosa y económica vale más para un hogar que una mujer que no tiene otra gracia que la de ser bonita?» Dispensadme: todo eso lo he oído mil veces y me lo sé de memoria.

Lo cierto es que a los hombres, no habiendo, por supuesto, de por medio gato encerrado, lo que más les gusta en la mujer es la hermosura.

—Yo no me voy a casar con una mujer para conversar con ella,—me dijo un joven militar, teniente de artillería, muy buen mozo, que gana muy buen sueldo y que anda buscando novia.

—Ya se sabe lo que son las conversaciones con la mujer propia,—me dijo un casado;—mientras más inteligente sea, peor para uno.

—¡Qué mujeres inteligentes, ni qué pampinas!—me contestó un crítico teatral de grandes bigotes emperifollados y rizados;—no creo en la inteligencia femenina.

—La inteligencia es el gran recurso de las feas,—me replicó un novelista muy buen

DOS SERIES COLOSALES

PROXIMAS A ESTRENARSE

«En las mallas de la intriga» y «Corazón de León»



mozo y muy tenorio, a quien todas las mujeres miran con los ojos largos;—decir de una mujer que es inteligente, es cómo decir que es fea: no hay un sólo marido casado con algún abocastro, que no diga con gran hinchamiento: «mi mujer es muy inteligente».

¿Para qué seguir, mi dulce amiga, repitiéndole una por una todas las opiniones que he oído sobre este particular? Bástele saber que no me fué dable encontrar, en todas las dos semanas, un sólo sujeto que, interrogado por mí, no comenzara por decirme: «ante todo, me gustaría que fuera muy bonita».

Ya veo otra vez alzarse delante de mí un batallón de dedos. De acuerdo. Estamos de acuerdo en que no se come con mujer bonita y en que se gasta con ella un dineral, para comprarle trajes, llevarla a los teatros y pasearla en automóvil. Aun añadiría, por mi parte, que no hay nada más peligroso que casarse con una mujer bonita, porque a estas les gusta ser admiradas y los hombres andan tras de ellas como las abejas tras de la miel. Pero lo cierto es que los hombres no se quieren convencer de que las feas tienen la hermosura en el alma. Su ceguedad llega a tanto, que prefieren una tonta bonita a una inteligente fea. No hay manera de hacerlos abandonar su preferencia por las mujeres hermosas. La hacendosidad, la inteligencia, la virtud y todas las recomendaciones imaginables, no los convencen de que deben dar la preferencia a las feas.

En realidad, esta debilidad de los hombres, este afán de hermosura, es bastante antiguo.

Conocida es la respuesta de aquel árabe que se entró a un convento de monjas, dispuesto a robarse a una para llevarla a su serrallo. El jefe eligió a la más joven de ellas, que era también la más hermosa. La preferencia del árabe, pareció un poco humillante a las demás. Aunque no era para bien, la elección les resultó ofensiva. «Pero, señor,—se atrevió a decir una de ellas,—¿cómo es posible que haya elegido usted a esa muñeca, que no tiene otra gracia que la de ser bonita y que apenas sabe hablar?» «Lo que es a mí,—le dijo el árabe,—el amor me entra por los ojos y no por los oídos».

Ya, anteriormente, los hombres habían dado muchas otras muestras de esta falta de cordura de no preferir a las feas. Asesina-

tos, incendios, guerras espantosas, catástrofes inauditas, se vienen produciendo desde los tiempos más remotos, y cosa curiosa, siempre por las mujeres hermosas. No se registra en los gruesos infolios de los historiadores, un sólo caso en que se hayan producido guerras y devastaciones por causa de las feas. Los raptos de mujeres que ha habido en el mundo, han sido numerosos, pero desde París que se robó a Helena de Troya, hasta don Juan Tenorio, que se robó a una novicia, nunca se ha presentado un sólo caso de rapto de una mujer fea. Hasta



BESSIE LOVE

las crónicas policiales son concluyentes al respecto, y todas empiezan invariablemente por la consabida frase: «Una joven de dieciseis años, nada mal parecida, etc.»

Como usted vé, querida amiga, este mal gusto de los hombres, este error de preferir las mujeres jóvenes y hermosas a las feas que saben mucho y que están llenas de merecimientos y virtudes, no puede ser más general, más constante y más antiguo. Los hombres han tenido y tienen verdadera debilidad por la hermosura. ¿Qué de raro tiene, entonces; que su devoto amigo, que también es hombre, sufra del mismo mal?

No les queda, pues, a ustedes, las bellas mujercitas, otro recurso que el de tomar las cosas como son.

Y ya que las cosas son así, mi encantadora amiga, permítame decirle, una vez más, que si desea casarse y no tiene por desgracia algún gatito, debe comenzar, ante todo, por adoptar el único y supremo recurso: el de ponerse muy bonita.

Scout.